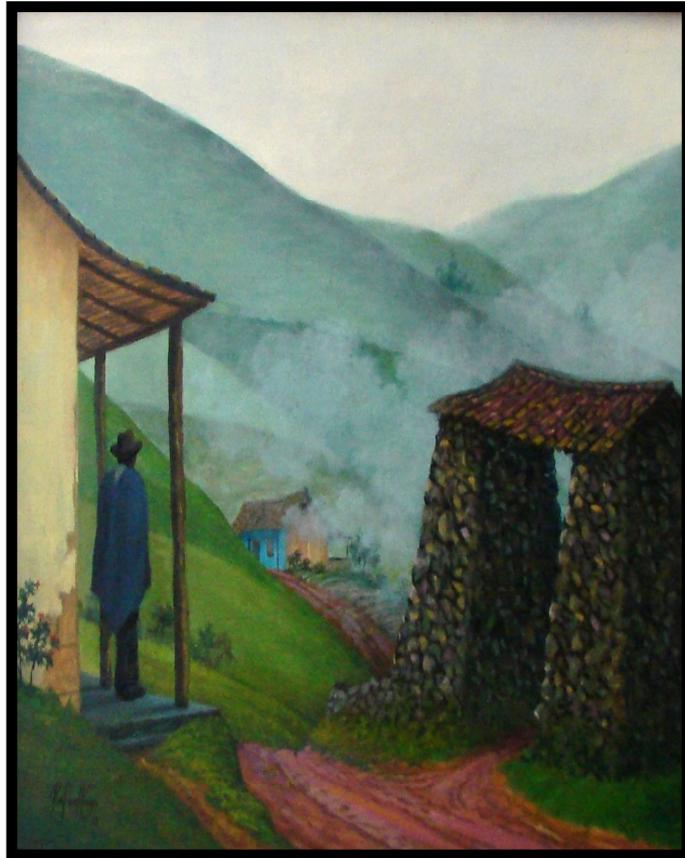


ENSAYO



Paisaje Muchuchies
Rafael Vega
Museo de Arte Popular Salvador Valero

LA CIUDAD DE LA HABANA, CLASES SOCIALES Y RELACIONES INTER-URBANAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA CUBANIDAD. UN ACERCAMIENTO HISTORIOGRÁFICO.

*Francisco Febres-Cordero Carrillo**

Desde una visión antropológica, la ciudad en cuanto tal puede ser considerada como el escenario donde se desarrolla la vida humana. En ella se articulan las diferentes instituciones y ámbitos que integran las diversas acciones del individuo: la familia, la ley, el derecho, la autoridad, la economía y la cultura. Todas ellas son dimensiones esenciales del ser humano, de cuyo despliegue armónico se desprende la conformación esencial de las sociedades humanas.

Un elemento imprescindible en el estudio antropológico y social de la ciudad es el reconocimiento interpersonal y social entre los diferentes individuos que conforman el conglomerado social urbano. En el espacio social común de la ciudad existen cuatro ámbitos que definen este reconocimiento: 1) los problemas comunes que afectan a la ciudad; 2) la consecución común del bienestar público; 3) la existencia de ciudadanos libres y legalmente reconocidos, y 4) la existencia vinculante de una autoridad legítimamente constituida, a la hora de tomar las decisiones acerca de la tarea común².

* Doctor en Historia, Universidad de Puerto Rico (2008). Abogado de la Universidad Católica del Táchira (1998). Profesor de Historia del Caribe, Latinoamérica, Venezuela y Cultura Occidental en diversas universidades de Puerto Rico; de Filosofía del Derecho en la Universidad de Carabobo y de Temporalidad y Trascendencia en la Universidad Monteávila-Venezuela. E-mail: ffebrescc@gmail.com

¹ Para un análisis antropológico de la ciudad cfr. Ricardo Yepes Stork (1996) *Fundamentos de Antropología. Un ideal de la excelencia humana*. Pamplona, España, Ediciones de la Universidad de Navarra, 1996.

² *Ibid.* Pág. 392

Recibido: 12/06/2012

Aprobado: 03/10/2012

Tomando estas características antropológicas de la ciudad quiero hacer una mirada retrospectiva a la ciudad de La Habana a mediados del siglo XIX, y tratar de ver, a través de fuentes secundarias que han estudiado las relaciones sociales y raciales en la ciudad de la Habana del siglo XIX, cómo estas relaciones han ejercido influencia en la conformación de un concepto -ya homogéneo o ya heterogéneo- de una percepción colectiva que bien podríamos llamar *cubanidad*.

En una monografía inédita, Luis Martínez-Fernández, profesor de la Universidad de Rutgers, plantea que la realidad demográfica y social de Cuba y la cultura cubana en sus múltiples definiciones son el resultado de una serie de procesos históricos desplegados a lo largo de los últimos quinientos años; la enumeración que hace de estos procesos es la siguiente³:

(1) Una población de poco más de 100,000 habitantes indígenas fue diezmada por enfermedades, guerra y trabajo forzoso, prácticamente al punto del exterminio en tan sólo tres décadas después del inicio de la colonización española de la isla. (2) Desde principios del siglo dieciséis hasta casi finales del diecinueve cerca de 700,000 esclavos fueron arrancados de las costas de África y traídos a Cuba; una gran proporción de ellos sufrió la explotación del sistema de plantación. (3) Durante el mismo período se dio un proceso paralelo de inmigración española, produciéndose una mayoría de habitantes blancos para mediados del siglo diecinueve. (4) Entre 1847 y los años setenta del mismo siglo arribaron cerca de 125,000 obreros chinos; esta población sufrió bajo condiciones similares a las de los esclavos y exhibió una horrenda tasa de mortalidad. (5) Durante el período de las guerras de independencia, entre 1868 y 1898, murieron aproximadamente 300,000 cubanos a raíz de las guerras, mientras otros 100,000 sufrieron exilios prolongados en los Estados Unidos y otros desti-

³ Luis Martínez-Fernández, (2003). La frontera y la plantación: reflexiones sobre dos claves para empezar a entender las culturas cubana y caribeña. Monografía inédita, Rutgers University. Al final del ensayo presentamos las citas que el profesor Martínez utiliza en el texto citado.

nos.(6) Después del 1898, la isla recibió un influjo masivo de inmigrantes españoles: más de 400,000 entre 1904 y 1916; alrededor de la mitad de ellos se quedaron permanentemente en Cuba.(7) Los auges azucareros de las décadas del 1910 y 1920 atrajeron temporalmente a un cuarto de millón de trabajadores de Jamaica y Haití. Y (8) Desde 1959 más de un millón de cubanos han abandonado su tierra, huyéndole al régimen de Fidel Castro. Hoy, como en 1898, más del 10 por ciento de la población cubana reside en los Estados Unidos. Este esbozo de la historia cubana sugiere que si es cierta la apreciación de V.S. Naipaul de que el Caribe consiste de sociedades manufacturadas, formadas y desformadas por las exigencias de los imperios, eso es más cierto en Cuba que en cualquier otra isla del Caribe.

En esta línea conceptual de la definición del Caribe como el resultado de la yuxtaposición de diversos procesos migratorios, Martínez-Fernández se plantea las siguientes preguntas: ¿Acaso se puede hablar de una definición única de la nacionalidad o de varias definiciones en coexistencia?; ¿Hasta qué punto la criollización y el sincretismo han producido una Cuba culturalmente homogénea? Y el mismo se responde citando a Carlos Franqui: “*Cuba no es india. Cuba no es blanca. No es ni negra ni amarilla. Cuba es mulata, mestiza, blanquinegra, tabaco*”.

En este sentido, es conveniente apuntar que para entender los procesos de la conformación nacional en el Caribe, hay que elevar el debate de la mera explicación imperial, migratoria y de lucha de clases como factores determinantes de la construcción de lo que se suele definir como *caribeñidad*. El estudio hay que retrotraerlo a los procesos de independencia, a la construcción constitucional de los estados modernos y al posterior proceso de construcción del imaginario nacional a través de la simbología nacional, la literatura, la educación y las leyes.

En América Latina el estado precedió a la nación. Los procesos de independencia nacional y la sucesiva construcción y conformación de los Estados modernos latinoamericanos fueron el fruto de los diversos

levantamientos de los cabildos municipales de las principales ciudades hispanoamericanas. Si bien es cierto que durante la época colonial se fue germinando una identidad propia en las diversas jurisdicciones de la América colonial, también es cierto que fue la burguesía económica e intelectual de las ciudades principales de los virreinos y capitanías generales de la América Hispana la que empujó y permitió estos procesos de independencia nacional. Y fue esta misma burguesía colonial la que ya libre del colonialismo español tomó para sí la tarea de crear, construir, explicitar y expandir los sentimientos nacionales a todos los demás ciudadanos, para lograr tener el elemento humano propio de los Estados independientes. Bien puede decirse pues, que la independencia americana fue producto de levantamientos de ciudades principales y no de estados nacionales incipientes, ya que éstos se conformaron después de las guerras de emancipación política. La emancipación cultural y económica vendría después.

Bajo estos parámetros teóricos de las independencias latinoamericanas, nos preguntamos: ¿Cómo es que Cuba, no tuvo un movimiento de independencia llevado a cabo por las elites urbanas de La Habana, tal como lo llevaron todos los demás países del continente a comienzos del siglo XIX?; ¿Cómo entender, que las clases medias y trabajadores fueron las que protagonizaron la Guerra de los Diez Años de 1868-1878, y la Guerra de Independencia de 1895?; ¿Es que había dos Cubas?; ¿Cómo veían las elites urbanas cubanas los procesos emancipadores?; ¿Cómo entendían las clases medias y profesionales de la ciudad de La Habana lo que debía ser Cuba?; ¿Y los negros, cómo se veían en Cuba?. Varios son los autores que se han acercado al tema y que de alguna manera intentan responder estos planteamientos, pero antes quiero esbozar los procesos de emancipación política y conformación nacional en Latinoamérica y el Caribe, como procesos unificadores del elemento humano de estos noveles Estados.

La independencia y la nación en Latinoamérica y el Caribe

El siglo XIX, junto con otros rasgos que lo distinguen, es el siglo de la construcción y consolidación de los Estados nacionales. Luego de un largo proceso histórico, donde los elementos culturales, sociales, lingüísticos, religiosos, familiares, y económicos fueron tomando

posición en los límites de un espacio geográfico preciso, los objetivos comunes de un determinado grupo humano tomaron forma dentro del imaginario colectivo a través de un concepto, bien preciso y determinado: la Nación. De manera general, se podría decir que el grupo humano de un determinado territorio tomó conciencia de su propia singularidad y de los rasgos definitorios de su “*yo colectivo*”, distintos *perse*, a los rasgos de su vecino, a los rasgos de “*los otros*”.

La nación es una comunidad histórica y cultural, con un territorio propio “sobre el que se reclama una especie de soberanía, de forma que la comunidad cultural se contempla en sí misma con alguna conciencia propia, como una comunidad también territorial y política, más unida horizontalmente por su carácter compartido, que verticalmente por razón de la autoridad del Estado”⁴. La nación tiene unos elementos que le son propios. En primer lugar, unos elementos objetivos conformados por la población y un territorio determinado. Y en segundo lugar, un elemento subjetivo conformado por la voluntad compartida de la población de pertenecer a una nación única y determinada: el sentido común de pertenencia cohesionado por el idioma, las tradiciones, la religión, la cultura y la defensa propia y mancomunada ante un agresor externo a la propia comunidad⁵. En ocasiones la nación se identifica con los límites propios de los estados; en otras la nación rebasa al propio estado; y en ocasiones diversas nacionalidades se conforman en un estado de naturaleza plurinacional.

A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, el vínculo de unidad política lo seguía constituyendo la soberanía personal del rey y son los monarcas los representantes internacionales de las monarquías patrimoniales. Pero el paso al siglo XIX, amanece con unas nuevas formas de referencia política, que trasladaron los vínculos de la unidad política a la Nación, adquiriendo ésta un valor político directo como comunidad base de la organización estatal. La exaltación liberal de los derechos individuales del hombre y su reconocimiento como sujeto derecho, despertaron las conciencias de las clases altas y me-

⁴ Adrian Hasting (2000) La construcción de las nacionalidades. Madrid: Cambridge University Press Pág. 41.

⁵ Ernest Gellner (1997) Naciones y nacionalismos. Madrid: Alianza Editorial, Págs. 77-88.

días de una pertenencia a una comunidad en la cual se comparten y proyecta tradiciones y objetivos comunes. Este hecho, la existencia de un nuevo referente político, junto a la industrialización y el ascenso al poder de las clases burguesas, significó una mayor cohesión interna y creó la necesidad de afianzar, consolidar la nueva conciencia nacional como una realidad omnicomprendiva que arropara a todas las clases de la sociedad a través de símbolos que sirvieran de nudo de los vínculos constitutivos de la nación como comunidad: himnos y escudos nacionales, fiestas patrias, creación de un ejército profesional y uniformado, canciones, instrumentos, comidas y todo aquello que *sonara a nuestro desde siempre*⁶.

Es pues la Nación una comunidad donde la conciencia de su singularidad se proyecta como voluntad de existencia política. Pero a pesar de lo explicativo del concepto resulta difícil encontrar y definir los vínculos constitutivos de la Nación como una comunidad política, porque cada grupo social que compone esta comunidad política persigue unos intereses que le son propios y que excluyen a las demás. Algunos han colocado como elemento vinculante a la raza, o la larga convivencia en un territorio bajo un poder político común que uniforma los intereses, costumbres y formas de expresión. Otros autores han destacado como vínculos constitutivos de la Nación a factores culturales, entre los que destacan el lenguaje, la religión, las tradiciones comunes o la unidad del destino histórico.

Difícil resulta establecer de manera general y abstracta cuáles son estos elementos objetivos que sirven de constitutivos de un grupo nacional; hay que admitir que se debe ir caso por caso, nación por nación para poder establecer cuáles son los elementos constitutivos de la nacionalidad. Y además de los elementos objetivos habrá que considerar y aceptar la existencia de vínculos subjetivos, tales como la conciencia o el sentimiento nacional de constituir y formar parte de una nación, o la voluntad colectiva y personal de convivir y obrar unitariamente hacia objetivos comunes. Estos elementos también son difíciles de identificar como realidades generales para todos los Estados nacionales y habrá

⁶ Cfr. Francois-Xavier Guerra, (2000) *Modernidad e independencia. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. 3ra edición. México: Fondo de Cultura Económica.

que saber identificar la manera en que se lograron extender y generalizar los sentimientos patrios de cada nación⁷.

En este contexto y siguiendo la tesis arriba esgrimida sobre independencia, Estado y nación, entendemos que a diferencia de lo que ocurrió en Latinoamérica, en el Caribe Hispano hubo un proceso previo de conformación nacional, antes de la constitución estatal definitiva de cada una de las tres naciones, es decir la cubana, la dominicana y la puertorriqueña. En el siglo XIX, los elementos constitutivos de la nacionalidad de las tres naciones hispanas caribeñas se pueden identificar con toda claridad; pero por una serie de razones políticas, económicas y sociales en Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana la nación no pudo constituirse en Estado, al mismo tiempo que sus pares latinoamericanos lo hacían. En otras palabras, la formación estatal y nacional del Caribe hispano no siguió el patrón latinoamericano del Estado como antecesor de la nación, creado por las constituciones escritas. Por el contrario, en el Caribe la nación precedió al Estado, formándose por las relaciones horizontales del elemento humano de la nación y por la defensa mancomunada de la propia identidad, en contraposición de identidades e intereses foráneos que se querían imponer.

En la materia específica que nos ocupa, esto es, la formación de una conciencia nacional en las ciudades coloniales, los comienzos de la conformación de un estado independiente cubano y las relaciones sociales e interraciales en la ciudad de La Habana y su influencia en la conformación de un concepto -ya homogéneo o ya heterogéneo- de una percepción colectiva de lo que se podía llamar *cubanidad*, cabe preguntarnos cómo se integran los elementos teóricos trazados más arriba, dentro de lo que se puede entender como cubanidad o nacionalidad cubana; es decir, cómo se logró integrar los intereses de la clase hacendada, las clases medias y la clase de los esclavos libertos en la construcción omnicomprendiva de la nación cubana. Tal como se señaló arriba, varias han sido las respuestas historiográficas a este asunto; lo lamentable es que la historiografía se centra desde el punto de vista del hacendado o de las clases medias, quedando muchas veces silente la participación de la clase liberta, ya que esta, siempre ha sido considerada como el "otro" de la ciudad o de la nación cubana.

⁷ Cfr. (1983) Gran Enciclopedia Rialp, voz Nación. Madrid, Ediciones Rialp.

La Nación Cubana desde la clase hacendada

Una pregunta que surge espontánea cuando se hace una aproximación a la Cuba del siglo XIX, es la de por qué la clase social que pudo haber dirigido y aglutinado las voluntades, y a su vez poner los medios necesarios para emprender una acción separatista de la Isla con España, a semejanza de la totalidad de las colonias españolas del continente, no lo hizo.

Las actitudes políticas de la clase hacendada en Cuba durante el siglo XIX están bien identificadas. En primer lugar la posición independentista, que hasta 1868, con el comienzo de la Guerra de los Diez Años, fueron casos aislados y sin ninguna importancia y repercusión. La guerra del 68, fue además una guerra llevada por las clases medias de la época y con una participación exigua de los hacendados azucareros. Por su parte, la guerra del 95, fue llevada por el Partido Revolucionario Cubano, partido éste que se propuso aunar todos los proyectos que se opusieran a España; y al igual que en el 68 estuvo formado en su mayoría por representantes de las clases medias y profesionales liberales.

En segundo lugar se encuentran los anexionistas. Esta actitud política, a su vez, puede identificar dos vertientes: el movimiento de López Nubiola que proponía un movimiento armado y violento; y por otro lado la vertiente pacífica donde se rechazó toda proposición violenta. En tercer lugar, puede identificarse la posición autonomista que aparece en diferentes momentos durante el siglo XIX, y bajo diferentes matices. Y por último la actitud integrista o españolista, ya por la vía de la asimilación, ya a través de la búsqueda de la constitución de un estado colonial bajo las mismas leyes españolas, pero adaptadas a la realidad insular.

Los hacendados cubanos (que para mi representan también a la elite urbana de La Habana), sin adoptar una posición conservadora en sus empresas, sí adoptaron la más de las veces una posición autonomista o integrista para favorecer sus intereses. “La isla de Cuba ofrece un caso de especial interés en la coyuntura que se inaugura en 1808, precisamente porque la causa emancipadora gozó de escaso respaldo y la colonia acabó estrechando sus lazos con la metrópoli. La mayor de las Antillas, sin embargo, compartió la práctica totalidad de las re-

clamaciones americanas en las Cortes Españolas, con las significativas excepciones de las cuestiones relativas a la trata, a la esclavitud y a los derechos políticos de las castas. Su “peculiaridad” quedaba resumida menos en su composición étnica -el mayor índice, con el virreinato más austral, de criollos blancos- que su estructura social, pues poseía la mayor porción de población esclava de América. Esa singularidad fraguó un liberalismo económico favorable a la expansión azucarera y a la exportación de mercancías, sin tolerar el cuestionamiento del trabajo forzado. El constitucionalismo liberal sirvió a los hacendados para avanzar en los primeros objetivos y se convirtió en un problema, en cuanto el régimen político promovió un sistema participativo, reconoció derechos ciudadanos y dejó en manos de la representación nacional la adopción de decisiones que podían alterar su status”.⁸

La clase hacendada cubana llevó todas sus actuaciones políticas a asegurar sus empresas económicas, amparadas en el contexto de la ideología liberal española, a través del aseguramiento de las libertades agrarias y mercantiles y la trata de esclavos. A diferencia de sus homólogos de la América Española Continental, los hacendados cubanos no tuvieron ningún interés de independencia política utilizando las orientaciones liberales de la Constitución de 1812 para alcanzar algunos de sus objetivos “y advirtieron el riesgo que representaba para sus intereses la consolidación y extensión del régimen constitucional, con sus libertades políticas y con la consagración en el poder de la burguesía española, empeñada en conservar el privilegio comercial sobre la América so pretexto de su incorporación a la nación”.⁹

Es bien sabido que la clase hacendada cubana en un principio no tuvo ningún interés de asumir orientaciones independentistas sino más bien seguir unidos a la metrópoli española como una vía para consolidar sus intereses. Su nacionalidad cubana la identificaron con la española, como vía de fortalecer su peculio azucarero; identificando incluso, su status social con los estamentos nobles de España¹⁰, o como expresó algún autor, *para los hacendados su nación era la hacienda*.

⁸ José A. Piqueras Arenas: Azúcar y Comercio. Los confines del liberalismo cubano (1808-1814). Pág. 131. Sin datos editoriales

⁹ Ibid. Pág. 139.

¹⁰ Angel Bahamon de Magro y José Gregorio Cayuela Fernández: La creación de nobleza en Cuba durante el siglo XIX. Sin datos editoriales.

El asunto de cómo vieron estos hacendados su nacionalidad, está hartamente estudiado por la historiografía. Basta echar una ojeada a las actas del congreso internacional para conmemorar la Guerra Hispanoamericana del 98, y se ve a las claras la cantidad de ponencias sobre el tema, ya de manera directa, ya de modo tangencial. A mi modo de ver los trabajos más interesantes presentados en esas jornadas de trabajo en torno al año 98 son los de Ana María Calavera Vayá sobre la oligarquía habanera y su conciencia independentista; y el de Miriam Fernández Sosa sobre la construcción ideológica de la cubanidad y la república cubana¹¹.

Calavera presenta un interesante panorama del desarrollo de las actividades económicas a partir del año 68 y del poder político que la oligarquía habanera comenzó a echar de menos. Aborda el tema de la independencia cubana y el consecuente sentido de la nacionalidad (vale decir, tardía con respecto a las demás colonias hispanas) a través del ejercicio del poder indirecto de los hacendados “en el que realmente lo que hacían era colocarse lo más cercano posible de la fuente de ese poder, en el plano político, con la clara intención de mediatizar sus actuaciones en el sentido en el que convenía a sus intereses, que ellos identificaban en todo momento con los de la Patria cubana...”¹².

Fernández Sosa hace un recorrido de las diferentes posturas ideológicas que entraron en juego en la clase dirigente cubana que definieron la construcción de la república cubana bajo la intervención norteamericana y la vigencia de la enmienda Platt. Identifica así, la postura conservadora que juzgaba a la guerra de independencia como una serie de hechos inesperados y casuales y no como producto de las contradicciones entre la colonia y la metrópoli, llegando a proponer el hecho de la presunta inferioridad e incapacidad del pueblo cubano de dirigir sus destinos y aupando la necesidad de la tutela de los Estados Unidos como única vía para superar los males de la sociedad cubana; en otras palabras, de españoles pasaron a anexionistas. Pero como dice Fer-

¹¹ Consuelo Naranjo, Miguel A Puig-Samper y Luis Miguel García Morar (editores): (1996). *La Nación Soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98. Actas del Congreso Internacional celebrado en Aranjuez del 24 al 28 de abril de 1995.* Ediciones Doce Calles.

¹² *Ibid.* Pág. 112

nández “esta posición no reflejó el sentir generalizado del pueblo cubano, que manifestaba su decisión de luchar por instaurar una república completamente libre y soberana...”¹³.

Otra postura ideológica señalada por Fernández es la patriótica. A través del ideario de José Martí se buscaron las raíces de la nacionalidad cubana y se “insistía en la búsqueda de la unidad nacional entre las fuerzas revolucionarias para poder culminar el proceso de liberación nacional, que había quedado truncado por la intervención del poderoso país norteamericano”¹⁴. Y por último identifica la postura que buscaba el perfeccionamiento de las organizaciones políticas junto a la alternativa de los grupos políticos del poder. Concluye así Fernández que ninguna de estas variantes del pensamiento no revolucionario presentaron opciones válidas para resolver el problema nacional, y en la década del veinte, sirvieron de fundamento al pensamiento reaccionario que se manifestó durante la crisis del sistema neocolonial¹⁵.

Una visión interesante la aporta Ricardo Quiza Moreno con su trabajo de la participación cubana en la exposición de Buffalo de 1901¹⁶. De una manera original, quizá aborda la cuestión del limbo de identidad en la que estuvo el sujeto colonial luego de la intervención cubana de 1898. En su ensayo se le da al lector “un paseo” por los productos cubanos exhibidos en Buffalo, apuntando la forma cómo se exhibían: etiquetas y estampas que recordaban las raíces hispánicas o exóticas del Caribe. El tabaco y el ron procedente de Cuba enorgullecían con “creces” a sus productores y era la visión ambivalente de una Cuba atrasada, que luchaba por imitar la modernización de su coloso vecino; la Cuba que luchaba por mostrarse unas veces “cubana” otras veces “americana”. En fin, visiones retóricas de Cuba que ya “fuere por filantropía o por pragmatismo, [...] estuvieron mediatizadas por el “comercio” entre discursos “extraños” u “ortodoxos” que convinieron en aprovecharse del contrabando cultural establecido entre ellos. Sin renunciar a su basamento doctrinal, las narrativas metropolitanas llega-

¹³Ibid. Pág. 126.

¹⁴Ibid. Pág. 127.

¹⁵ Ibid. Pág. 129.

¹⁶ Ricardo Quiza Moreno, Pictures of and exhibition: la participación "cubana" en la exposición de Buffalo (1901). En *Tiempos de América*, No. 7, Págs. 99-117.

rían a ser bastardas, como espurias fueron las ficciones nacionalistas; ambas cohabitaron, no sin raigales choques, en una, a veces tempestuosa, a ratos culpable, intimidad.¹⁷

Roland T. Ely en su magistral obra “Cuando reinaba su Majestad el Azúcar”¹⁸, aporta una interesante visión del hacendado y su modo de ver la nación. Aunque el libro es una obra que trata sobre las actividades industriales y comerciales del azúcar cubano durante el reinado de Isabel II, y las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, no dejan de aparecer retazos sobre el tema de la visión hacendada de la nación cubana. Señala Ely, que para el hacendado blanco criollo, Cuba era la hacienda, cuba era blanca. El negro y los trabajadores “libres asalariados” (chinos e indios yucatecos) no se insertaban en la nación, no eran cubanos, eran un elemento foráneo que las razones de la industria y el comercio azucarero impelían a tenerlos como un mal necesario.

Esta obra, es el paralelo ideológico de “El Ingenio” de Moreno Fragnals. Ely escribe desde una “perspectiva capitalista” y Moreno desde el marxismo. Es interesante que ambos, desde posturas distintas llegan a conclusiones parecidas: el hacendado cubano excluyó de su concepto nacional al pobre, al negro, al liberto. Pero el hacendado no fue capaz de formar una burguesía nacionalista ya que la política colonialista de España sobre esta Antilla mayor coincidía con los intereses industriales y comerciales de esta clase hacendada. Es famosa la idea de Moreno Fragnals de que los hacendados azucareros vendieron su alma al ingenio en lugar de otorgársela a la patria.

La Nación Cubana desde las clases medias y los libertos.

Resulta interesante abordar la participación de las clases medias en la formación y conceptualización de la *cubanidad*. Estas clases se fueron formando a la sombra del pequeño y mediano comercio, o a través de las profesiones liberales, y compartieron intereses que homogeneizaron unos intereses comunes que les llevaron a desarrollar su sentido de pertenencia a la nación cubana. Además, esta clase media,

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Roland T. Ely, (2001) Cuando reinaba su Majestad el Azúcar. La Habana, Imagen Contemporánea.

liberal, trabajadora y asalariada, fue la que realmente se identificó de forma absoluta en las interrelaciones urbanas de la Cuba decimonónica.

En el trabajo comentado de Calavera Vayá, se destaca la poca consistencia de estas clases medias luego de la segunda mitad del siglo XIX y cómo fueron poco a poco ampliándose respondiendo a los intereses de las elites habaneras; “estas clases medias proporcionarían, junto con las clases populares, el soporte de las ideas revolucionarias que la alta burguesía tardaría en conocer y aceptar. Son estas clases sociales medias y bajas las que descartan definitivamente las soluciones reformistas, consiguiendo transmitir finalmente su rechazo a las capas superiores...”¹⁹.

Un trabajo destacado sobre las clases medias cubana, el trabajo urbano y la gestación de la nacionalidad cubana en la ciudad de La Habana es el de Joan Casanovas, donde estudia a los trabajadores cubanos durante la segunda mitad del siglo XIX²⁰. Casanovas entiende que el desarrollo de la acción colectiva de las clases populares y su participación política transformaron la estructura del Estado Cubano: “Themobilization of the urban popular classes in the 1880s helped to change society and forced Spain to modify its policy toward the island. When an economic crisis and reactionary colonial practices swept the island in the 1890s, the popular classes helped to dismantle Spanish rule.”²¹

Casanovas destaca, cómo luego de la guerra del 68 los operarios y cigarreros criollos, los demás trabajadores urbanos asalariados y luego más tarde los esclavos urbanos libertos fueron uniéndose en asociaciones obreras de orientación anarquista que fueron creando sociedades de socorro mutuo, cooperativas y sindicatos a lo largo de toda la Isla, y cómo estas uniones obreras poco a poco despertaron ideas separatistas, aupadas por sus homólogos obreros de los Estados Unidos.

Pero además de las clases medias populares, bien pueden nombrarse las clases medias y medias altas conformada por profesionales

¹⁹Consuelo Naranjo, Miguel A Puig-Samper y Luis Miguel García Morar (editores)...
.Pág. 120.

²⁰Joan Casanovas(1988) Bread, or bullet. Urban Labor and Spanish Colonialism in Cuba, 1850-1898. University of Pittsburgh Press.

²¹Ibid. Pág. 3

liberales letrados que, a través del ejercicio de la opinión pública y la actuación en los espacios de participación política, comenzaron a sentir foráneo los intereses españoles en la Isla²². Gracias a la transformación social y a las posibilidades de movilidad social que se dieron en Cuba, se gestó en la sociedad civil una conciencia nacional con una amplitud suficiente que pudo desafiar al poder colonial. Así, el fin de la esclavitud y la subsiguiente formación de una clase liberta asalariada, la dependencia económica con los Estados Unidos y el ascenso de las clases medias fueron factores claves para la conformación de una conciencia de la propia singularidad cubana, y de los rasgos propios de lo que se debería entender por cubano.

“El plural desarrollo de la sociedad antillana estuvo acompañado de una activa vida asociativa. Desde la creación de los casinos españoles al comienzo de la guerra y la formación de entidades de artesanos durante la república, el proceso no llegó a interrumpirse. La política de concesiones practicada por Martínez Campos en 1876 dió paso a una proliferación de asociaciones: españoles, autonomistas, negros y mulatos, trabajadores, corporaciones, etc. Un auténtico entramado civil mediante el cual grupos muy diversos configuraron plataformas identificativas que contrastaban con la escasa influencia que llegaron a ejercer sobre unas estructuras políticas monopolizadas por la Unión Constitucional, convertida en instrumento de la política colonial peninsular”²³.

Es indudable la destacada importancia del tema asociativo. Las sociedades son espacios libres de la intromisión estatal que permiten ir creando nuevas referencias culturales, sociales y políticas que contornean las formas de un imaginario colectivo. En la formación interna de una conciencia nacionalista, no tiene razón histórica de peso considerar sólo los vulgarmente llamados “precedentes”, que no son sino simples anécdotas de indisciplina hispánica, o manifestaciones tardías

²²Cfr. José Antonio Piqueras (1998) *Sociedad civil, política y dominio colonial en Cuba (1878-1895)*. *StudiaStórica. Historia Contemporánea*. Ediciones de la Universidad de Salamanca.

²³Ibid. Pág. 104.

del antagonismo racial; es necesario considerar la dinámica interna de las sociedades para llegar a penetrar en las realidades creadoras de los sentimientos nacionalistas²⁴.

En cuanto a la participación de la clases libertas en la formación de la *cubanidad* a través de las relaciones inter-urbanas, destaca el libro “Insurgente Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898” de Ada Ferrer²⁵. Una de las tesis principales del libro es la contraposición de intereses que hubo en la ciudad de La Habana y la ciudad de Santiago de Cuba en relación a la participación del negro en las luchas de independencia. Mientras que la elite de La Habana por sus características sociales, políticas y económicas se alineaba para permanecer vinculadas con la metrópoli española, favorecían la esclavitud y excluían al negro de todo proyecto nacional, la elite sureña de Santiago incluía al negro en el proyecto nacional. Y al incluir al negro preveían la emancipación y darle al liberto categoría de ciudadano.

Para la elite habanera -y para algunos sectores de las clases medias compuesta por profesionales liberales- los negros no pertenecían a Cuba, no eran ciudadanos cubanos, no entraban en las categorías de la cubanidad. Fueron las elites empobrecidas de la zona este de la Isla las que aceptaron –no sin dificultad- integrar a los miembros de la raza negra en lo que ellos entendían por cubanidad.

Sugar, race, andes lavery, then helped define the parameters of the pocially possible. In the west, where the fortunes of the most important landowners were inextricably tied to the product of slaves' labor, planter did not dare arm themselves, their neighbors or their slaves to challenge and established and, for them, lucrative political order. By contrast, in the eastern regions that produced the initial uprising –were a majority of the population was white and where the most prominent landowners did not rely as hea-

²⁴Cfr. J. Vicens Vives (1985) Historia de España y América (social y económica). Volumen V: Los siglos XIX y XX. América Independiente. Barcelona, España, Editorial Vicens-Vives.

²⁵Ada Ferrer, (1999) InsurgenteCuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898. North Carolina, TheUniversity of North Carolina Press.

vily on sugar or slavery- planters were willing to risk the social upheaval an armed independence movement might bring²⁶.

Como vemos pues, durante el fin del colonialismo español en Cuba, resulta harto difícil poder identificar un sentido único de la *cubanidad* y los elementos subjetivos y objetivos que la teoría política señala como elementos constitutivos de la nación. Los intereses, visiones, narrativas e imaginarios de la clase hacendada, de las clases medias y de la baja burguesía asalariada corrieron por distintas vertientes. No fue sino hacia finales de la primera mitad del siglo XX, en donde unos elementos comunes de sentido nacional patrio -vale decir, aun sin homogeneizar totalmente y luego de un período de construcción nacional a través del uso fuerte de la simbología- se comenzarán a proyectar como una realidad única, totalizante y omnicomprensiva, a través de una conciencia colectiva de la propia singularidad y el sentido de pertenencia a una patria común.

Tuvieron que pasar muchos años para que en las diferentes ciudades de Cuba hubiera una noción omnicomprensiva de la *cubanidad*. En este sentido, a lo largo del siglo XX - con la revolución populista de los años 30, la constitución del 40, la lucha contra la dictadura de Batista y finalmente en la Revolución Cubana en la década del 50-progresivamente se fue aceptando el carácter mestizo de la nación, luego de que la intelectualidad cubana liderizada por Fernando Ortiz manifestara y aceptara la esencia mestiza de la Cuba contemporánea.

Mas este proceso se truncó y no llegó a ser una sólida realidad. Al día de hoy la homogeneidad *soñada* de la nación cubana sigue siendo una entelequia. Cincuenta años de totalitarismo castrista han desgarrado toda posibilidad de cohesionar en un todo homogéneo al colectivo cubano. Hoy conseguimos a cubanos que se quedaron en la isla -unos que apoyan la Revolución, y otros que viven en ella pero sin identificarse con el proceso-, y a cubanos de la diáspora que por distintas y diferentes causas no ven a Cuba de una forma unitaria. Cubanos de la diáspora y de la isla que no logran -y quizá no lograrán nunca- conceptualizar a una Cuba única y con características comunes y omnicom-

²⁶Ibid.Pág. 21

prensivas. Hoy día no se sabe a ciencia cierta cómo se podría definir la *cubanidad*. Cuba es una gran paradoja, una nación cuyo elemento humano se siente cubano de una Cuba que en abstracto tiene múltiples y variantes significados. En la actualidad hay una Habana en la isla, una Habana en la Florida, y una Habana en la mente de cada cubano de la diáspora. La Habana –y por extensión toda Cuba- se ha convertido en la ciudad *soñada*; y esa inmaterialidad no le ha permitido ser medio de construcción y explicitación de los valores nacionales aptos para cohesionar a un Estado y a una nación.

Referencias Bibliográficas

Bahamonde Magro Ángel y Cayuela Fernández José Gregorio. *La creación de nobleza en Cuba durante el siglo XIX*. Sin datos editoriales.

Casanovas, Joan (1988). **Bread or bullet. Urban labor and Spanish colonialism in Cuba, 1850-1898**: University of Pittsburg Press.

Ferrer, Ada (1999). **Insurgente Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898** USA, North Carolina, the University of North Carolina Press.

Gellner, Ernest (1997). **Naciones y nacionalismo** Madrid, Alianza Editorial,

Gran Enciclopedia Rialp, Madrid, Ediciones Rialp.

Guerra, Francois – Xavier (2000). **Modernidad e Independencia. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas** 3era edición. México, Fondo de Cultura Económica.

Hasting, Adriani. **La construcción de las nacionalidades**. Madrid, Cambridge. University Press.

Naranjo Consuelo, Puig Miguel – Samper y García Morar Luís Miguel (1996). **La Nación Soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98**. Actas del Congreso Internacional celebrado en Aranjuez del 24 al 28 de abril de 1995. S/C. Ediciones Doce Calles.

Martínez – Fernández Luís (2003) **La Frontera y la Plantación: reflexiones sobre dos claves para empezar a entender las culturas cubana y caribeña.** Monografía inédita. Rutgers University.

Piqueras, José Antonio (1998). **Sociedad Civil, política y dominio colonial en Cuba (1878-1895)** Studia Storica, Historia Contemporánea. Ediciones de la Universidad de Salamanca.

Piqueres Arenas, José A. (S/F) **Azúcar y Comercio, los confines del liberalismo cubano** (1808-1814).

Quiza Moreno, Ricardo.(1901) “Pictures of and exhibition: la participación “cubana” en la exposición de Buffalo. **En Tiempos de América N° 7**

Roland T, Ely. (2001). **Cuando reinaba su majestad el azúcar.** La Habana, Imagen Contemporánea.

Vicens-Vives J.(1985) Historia de España y América (Social y Económica). (1985) Barcelona, España. Edit, Vicens-Vives.